

Sin hogar, sin salud

AITOR IPIÑA GALLASTEGI

Gerente de Bizitegi, Asociación para el apoyo e inserción de personas en situación desfavorecida

Vivir en la calle es solo la punta del iceberg de la exclusión residencial

Esta crisis sanitaria ha puesto el hogar en el centro de nuestra vida, en el lugar donde permanecer y desarrollar todas nuestras actividades y relaciones. Y por eso, debemos ser conscientes de la tremenda desventaja que supone estar sin hogar. Reflexiono desde la experiencia de atención a personas sin hogar.

Cuando afrontamos la falta de hogar surge, en primer lugar, la necesidad de pasar la noche, dónde poder dormir de manera segura y tranquila. Pero el hogar es un espacio de privacidad, de descanso y también un lugar donde protegernos de una enfermedad, donde pasar una convalecencia, donde estar aislados por nuestro propio bien y por el de la comunidad. Nuestro hogar es tanto día como noche.

Los servicios de emergencia puestos en marcha en polideportivos municipales generaron un cierto revuelo inicial y fueron objeto de un exceso de escrutinio por parte de vecindarios cercanos que estimaban que las personas allí alojadas estaban disfrutando de ciertos privilegios frente al resto de la población. Pero nada más lejos de la realidad.

A la realidad del sinhogarismo tenemos que acercarnos lejos de los prejuicios negativos pero también lejos de la condescendencia, de la lástima. Lo tenemos que abordar desde la óptica de los derechos humanos, desde el conocimiento real de la situación y tratando de compensar las desventajas de personas que, por múltiples recorridos y trayectorias, por procesos migratorios inconclusos, se encuentran en la calle. Un primer dato esclarecedor: según el último estudio sobre las Personas Sin Hogar en la Comunidad Autónoma (2018), un 25% lleva menos de un año en calle y un total del 52,5 %, menos de 3 años. No hay personas que sean sin hogar, sino que múltiples circunstancias provocan que personas dejen de tener hogar.

De forma metafórica, pero no por ello irreal, nos encontramos con la paradoja de que la sociedad que les cierra las puertas de su entrada ahora se las cierra para no dejarlas salir. Su situación actual de confinamiento es especialmente difícil ya que a la limitación de movimientos que tenemos toda la ciudadanía se unen

el tener que vivir en un espacio masivo, adaptado pero no preparado para tener en cuenta la intimidad, el descanso, y convivir con quienes no se han escogido como compañeros y compañeras.

Esta afirmación no es una crítica a la solución articulada, de la que nos sentimos corresponsables, es simplemente constatar la realidad para que podamos hacer una correcta valoración desde nuestros hogares.

Y una consideración adicional que debe ser tenida en cuenta, las personas sin hogar tienen un estado de salud sensiblemente peor que la media, un 42% tiene algún deterioro en su salud frente al 15% de la población, y casi la mitad padece alguna enfermedad crónica o grave.

Pero la situación de vivir en la calle solo es la punta del iceberg de la exclusión residencial. En Euskadi también hay muchas familias que, aun teniendo un lugar físico donde habitar, éste no reúne las condiciones para ser considerado adecuado, bien sea por falta de condiciones materiales, por amenaza de violencia por parte de personas con las que se convive, por inseguridad jurídica, amenaza de desahucio o por hacinamiento.

No tener un hogar es una gran desventaja personal porque afecta a nuestra estructura de oportunidades y hay que recordar que, en la Comunidad Autónoma Vasca la ciudadanía tiene «el derecho a disfrutar de una vivienda

digna, adecuada y accesible» (Ley 3/2015). Nuevamente estamos ante una cuestión de derechos.

Para finalizar quiero compartir estas reflexiones.

Esta crisis nos ha igualado mucho, nos ha hecho compartir destino más allá de las diferencias de poder adquisitivo o sociales, nos ha obligado a tener que adoptar las mismas medidas y darnos cuenta de que la solución está en el conjunto. Las grietas sociales constituyen un riesgo, no solamente para aquellas personas que están en medio de ellas, sino incluso para las que puedan sentirse más alejadas. Nadie se salva de manera individual.

La situación de las mujeres sin hogar debe recuperar un lugar central en nuestra atención ya que sufren un grado de vulnerabilidad muy superior al de los hombres. Debemos generar soluciones que superen la masculinización que impera en la mayor parte de los servicios existentes. A este respecto, la emergencia ha vuelto a tapar el incipiente trabajo que se está realizando con perspectiva de género.

La vuelta a la nueva normalidad desde estos recursos va a suponer un reto. Esta crisis nos ha puesto en contacto directo con un mayor número de mujeres y hombres sin hogar y habrá que plantear, desde una óptica innovadora y colaborativa, un esfuerzo de atención, de descongestión, de salidas escalonadas y de distribución territorial equilibrada.

ANTÓN

VENCER AL CORONAVIRUS...



...LO ÚNICO EN QUE ESTÁN DE ACUERDO

CARTAS AL DIRECTOR

Dos minutos

Una amiga psicóloga, que trabaja en una residencia de mayores afectada por la muerte de varios residentes por coronavirus, me trasladaba esta reflexión. No entendía cómo el Ayuntamiento, la Diputación, el Gobierno vasco, el Estado español... no habían tomado la decisión de decretar luto oficial indefinido en homenaje a los muertos y determinar un minuto de silencio. Mi propuesta es instar a las instituciones a que tomen dichas medidas y manden ondear las banderas a media asta y un crespón negro, en señal de luto. Nosotros, como miembros de la comunidad, deberíamos mostrar nuestro dolor y solidaridad con las familias de los fallecidos. Propongo colocar un lazo negro en nuestras ventanas, portales, tiendas, lugares de trabajo, farmacias... y guardar un minuto de silencio todos los días a las 12.00 –pararnos si estamos en la calle o trabajo o asomarnos a la ventana– y terminar con otro minuto de homenaje a los fallecidos con un cálido aplauso de solidaridad.

FÉLIX ESCOLAR GONZÁLEZ

Confinamiento

Desde el pasado domingo, además de los dueños con sus perros, pueden salir a la calle los menores, pero como reflejan algunas imágenes debe de haber habido algún malentendido, ya que se han visto grupos de padres hablando sin guardar la distancia de seguridad, grupos de niños jugando al fútbol... y ahí es cuando nos damos cuenta de dónde estaba el miedo de las autoridades. Los españoles no hemos dejado de ser como el Lazarillo de Tormes o el Buscón de Quevedo, porque la picaresca la llevamos en la sangre y no nos podemos comparar con otros Estados.

Pero ahora viene mi gran duda ante tanta picaresca. Cuando el domingo podamos salir a hacer ejercicio, si la evolución del coronavirus nos lo permite, qué pasará con aquellas personas que tienen perros y/o niños/as, ¿podrán salir solo una hora o podrán salir como máximo tres horas? Y dirán qué pregunta más tonta. Pues no, porque aquellos que no tenemos niños o estos son mayores de edad, ni tenemos perros, estaremos discriminados respecto a los adultos que sí los tienen. Me gustaría que al abrir las puertas al desconfinamiento sean

justos con todos los que también hemos cumplido las normas. Que no nos dejen como marginados por el único hecho de estar solos. Cuando nos toca pagar impuestos, pagamos igual que el resto. Por lo que pido que a la hora de tomar medidas sean igualitarias y no beneficien más a unas personas que a otras.

M. ROSA ORTEGA DE ARRIBA

Nuevo gazapo

Nuevo gazapo del Gobierno en la gestión de la pandemia. Anunció su intención respecto a las posibilidades de oxigenación de los niños y rectificó, inmediatamente, ante el alud de críticas que generó su despropósito inicial. Este gazapo, junto con el de permitir la apertura de peluquerías del principio del confinamiento, y otras muchas incongruencias (como los privilegios otorgados a los dueños de mascotas, o el confinamiento de aldeanos en zonas despobladas), nos revelan una espeluznante incoherencia en la forma de pensar de nuestros gobernantes y expertos. No son errores, son desvaríos. Pero ¿en manos de quién estamos?

«Por sus actos los conoceréis». Parece claro que son gente urbanita, que tiene mascota, y ni tiene hijos pequeños ni los ha tenido. Desconocen absolutamente todo acerca de la forma de vida de sus paisanos. Están a otro nivel. Denotan una absoluta falta de sentido común. Viendo su primera intención respecto a los paseos de los niños, lo tenemos claro los jubilados. Tal vez nos dejen salir, pero de la mano de nuestros papás.

TXUTXO MARÍN

El lenguaje

Llevo semanas poniendo la oreja a los políticos y gestores que nos dirigen, a los medios públicos que nos informan, a las personas con las que conversamos excitados. Y he constatado una sorprendente unanimidad: todos, absolutamente todos, hablan de muertos, enfermos, fallecidos o contagiados. A nadie, repito, a nadie he escuchado hablar de muertos y muertas, contagiados y contagiadas, enfermos y enfermas, y así. Lo que parece significar que el lenguaje, cuando no lo torturamos con la ideología, recupera de inmediato sus reglas básicas de economía de expresión.

JOSÉ MARÍA RUIZ SOROA